

COMPENDIO HISTÓRICO

DE LA PERSECUCION,

MUERTES Y DESTIERRO

DEL CLERO DE FRANCIA.

TERCERA PARTE.

Muchos años habia que los Oradores y Maestros de la Religion habian anunciado á la nacion y á la corte, tanto en el pulpito como en diversos escritos, que no se estableceria en Francia el reyno de los impíos sin ser igualmente fatal al trono y al altar, y el cumplimiento de esta profecía fué visiblemente el empeño de la revolucion.

En la primera asamblea nacional, unos malvados astutos como Mirabeau el mayor, unos insignes rebeldes como Felipe de Orleans, unos ignorantes ambiciosos de aclamaciones populares como la Fayette, unos ingratos exécrables como Lameths, unas almas atroces como Bernave, unos oscuros sofistas brutalmente políticos como Syeys, y la gregueria de los Rabaud, Target ó Chapellier, habian dado á la Francia una constitucion, que hacia al Monarca un criado de los comunes.

En la misma asamblea, unos tiranos hipócritas como Camus, Treillard y Expilly, trastornando la esencia de la Religion, sometiendo el Evangelio de Jesuchristo y sus Apóstoles á los caprichos del siglo, habian substituido á la verdadera Iglesia un fantasma, á los Pastores unos intrusos, á la unidad el cisma, y á la realidad y verdad la ilusion y el error.

Pero otros malvados mas profundos, tiranos mas atroces, sofistas mas monstruosos, lo escogido de los últimos conspiradores jacobinos Pethion, Brissot, Robespierre, Marat y Danton, no habian descubierto á los primeros mas que la mitad

Muchos años habia que los Oradores y Maestros de la Religion habian anunciado á la nacion y á la corte, tanto en el pulpito como en diversos escritos, que no se estableceria en Francia el reyno de los impíos sin ser igualmente fatal al trono y al altar, y el cumplimiento de esta profecía fué visiblemente el empeño de la revolucion.

CAPILLA DE LOS VIGILANTES
V. A. N. E.

de su secreto; habían dexado que por medio de una constitucion que no querian ellos, debilitasen aquel Monarca, cuyo nombre era para su imaginacion un suplicio; que despojasen los altares que ellos intentaban derribar, y calumniasen y echasen de sus puestos aquellos Sacerdotes que ellos querian degollar. Diez meses habia que los jacobinos, tanto legisladores como municipales, disponian á la sordina la execucion de los últimos proyectos de la revolucion, que caminando á un mismo paso contra el Rey y contra el Clero, anunciaban que para ambos estaba ya cercana la proscripcion.

Ya estaba á punto Brissot, que con sus Girondinos Vergnaux, Gaudet y Gensonnet tenia dispuesto de antemano los decretos que habian de arruinar el edificio de la primera asamblea, y especialmente aquel Monarca constitucional que habia substituido ella á los verdaderos Reyes de los franceses. Ya estaban cometidos todos los delitos que habian de autorizar la suspension, prision y muerte de Luis XVI por aquellos mismos que se preparaban á imputárselos, como confesaron despues ellos mismos. Brissot y sus jacobinos habian precisado al Rey á que declarase la guerra á la Austria y á la Prusia, porque previendo que entraria en Francia un ejército combinado de ambas potencias, hallaban en esto la ocasion de acusar al Rey, que los habia llamado para restablecer su poder antiguo: junto con esto habian fomentado las turbaciones de las provincias y de la capital para decir luego, que jamas renaceria la paz y abundancia mientras hubiese Rey, que siempre seria interesado en que se mantuviese el desorden baxo las nuevas leyes. Así solicitaban todos ellos, y mas que todos Pethion, la deposicion del Rey, como único remedio de los males del estado; porque esta deposicion debia servir de pretexto á la nueva convencion, que habia de aniquilar en Francia hasta el nombre de Monarca.

La mayor parte de los franceses repugnaba estas disposiciones: Brissot hizo sondear en vano á los departamentos, y en la misma asamblea halló que tenia contra sí el mayor número de votos. Entónces publicó que la violencia y los asesinatos harian lo que no conseguia la persuasion: hizo venir á todos los bandidos de las provincias, levantó al mas alto punto de furor

á la capital, y quedó señalado el dia en que se habia de dar el último golpe al trono.

La Francia, en parte acobardada, y en parte enfurecida, debia conocer algun dia el fin y los medios de esta conspiracion, la mas pérfida y atroz que pueda hallarse en los anales de la maldad, tanto en su plan como en su execucion, y ser instruida de ello por los mismos escritos y discursos de sus autores Brissot, Vergnaux y Louvet, quando el mismo detestable suceso les permitiese descubrir su insigne perfidia y gloriarse de ella; pero en el momento preciso de su execucion se horrorizaron los ciudadanos de Paris, sin tener valor para oponerse, y el populacho y los bandidos la sirvieron con todos sus furores sin conocerla.

Una parte esencial de ella era la muerte de los Sacerdotes no juramentados, de que habian hecho secretamente listas los atroces municipales, en que se incluian sus nombres, casas y principales razones de hacer la pesquisa, especialmente de los que se habian distinguido por su zelo y escritos en favor de la Religion.

El diez de Agosto, último de la Monarquía francesa, dia horrendo por la furia y carniceria de parte de los bandidos, perfidia y maldad de la de los conjurados, humillaciones, suplicios y ultrages del Rey y Reyna, cercó las Tuillerías un ejército compuesto de sesenta mil foragidos, de traidores nacionales, y de todo el infame populacho de los barrios de San Antonio y San Marceau. El Rey se vió reducido á buscar asilo en la sala de los legisladores, despues que murieron casi todos sus guardias suisos, en número de ochocientos á novecientos hombres, haciendo en su defensa prodigios de valor y de fidelidad: fué luego saqueado el palacio, degollados quantos criados se hallaron en él, empleando el populacho su furor en quanto tenían reunido allí mas precioso las artes. Pero quien se para á referir esto, habiendo que decir que bebió sangre de los moribundos, sacó el corazon á los muertos, mutiló los cadáveres y comió la carne de ellos? En fin, el espacio de doce horas estuvo allí desfogando su rabia contra quanto habia pertenecido al Rey.

La asamblea, que el desgraciado Monarca habia escogi-

do por asilo poniéndose en sus manos, no fué para él otra cosa que teatro de las atrocidades que se le tenían ya preparadas. Allí vió llegar incesantemente á la barra furiosos mocionarios para llenarlo de injurias, de invectivas y amenazas. Los legisladores jacobinos añadieron á estos oprobrios quanto puede acumular la mas pérfida calumnia. Los cobardes constitucionales lo abandonaron y se unieron contra él á Brissot, y por último oyó allí mismo pronunciar los decretos que le quitaban á sus ministros, lo suspendian de la corona, y acababan mandando encerrarlo con su familia en las torres del Temple, de donde no debía salir sino para el cadalso.

Habiase dicho que debían caer juntos el altar y el trono, y así aun no habia espirado este infeliz dia, quando ya salian de casa de los municipales para distribuirse en todas las sesiones de Paris las listas de los Obispos y Sacerdotes no juramentados, con orden de encerrarlos en las iglesias del Carmen y de San Fermin; y para preparar los ánimos á este espectáculo, se esparció al punto la voz que se habian visto Sacerdotes unidos con los suisos haciendo fuego contra el pueblo, y que muchos, entre ellos el Abate L' enfant, célebre Predicador del Rey, habian sido muertos en la refriega. Tambien se decia haber sido preso el dia ántes con una patrulla fingida el Abate de San Far, que estaba ausente largo tiempo habia, y un cierto Abate de Bouillon, que no habia existido jamas. Fuera de esto llevaban los malvados la cabeza y manos cortadas á uno de los cadáveres, como cabeza y manos del Abate Ringard, Cura de San German, gritando por las calles: „ así castiga la nacion á „ los Sacerdotes refractarios y traidores que se han armado con „ los suisos contra ella. “ Un mes despues pareció Mr. Ringard en la sesion para pedir un pasaporte, y los malvados, mas furiosos que asombrados de verle, iban ya con los sables desnudos á castigar el que los convenciese con su presencia de la impostura, quando interponiéndose varias personas de respeto, lo pudieron sacar de sus manos, y obtenerle el permiso de pasar á Inglaterra, donde he tenido el consuelo de encontrarlo.

Pero no tenían necesidad de estos fingimientos momentaneos el vil populacho, el paisanage crédulo, y sobre todo los

patriotas de picas, para alimentar su estúpido furor contra el Clero católico. La primera sesion que puso en execucion el orden dado con la fatal lista, fué la de Luxemburgo, que ya de antemano se habia señalado en zelo revolucionario, y convocados por ella los patriotas mas enemigos de los Sacerdotes, y dadas las instrucciones, los dividió por los cuarteles de la parroquia de San Sulpicio: decian al pueblo, deseoso de saber su comision, que iban en busca de enemigos de la patria, y presto se echó de ver quienes eran estos enemigos, siendo uno de los primeros que llevaron con mucha gente armada Mr. Dullau, Arzobispo de Arles. Este Prelado, conocido generalmente por uno de los luminares de la Iglesia de Francia, habia mostrado en todo el tiempo de la revolucion tal prudencia y moderacion, que parecian deberle poner al abrigo de las persecuciones particulares, aunque al mismo tiempo de acuerdo con los verdaderos Obispos habia de mancomun con ellos estado siempre por la verdad; pero no fiando de sus fuerzas, jamas habia levantado la voz en particular, ni habia hecho aún protesta en favor de los derechos de su silla, tan reverenciada desde los primeros siglos de la Iglesia, ni habia salido en su nombre alguna de tantas cartas pastorales, que casi todos los Obispos de Francia creyeron deber dirigir á sus diocesanos al tiempo de la supresion ó desmembracion de sus sillas, ó intrusion de los cismáticos, siendo la única obra de su pluma una representacion al Rey sobre el decreto del 26 de Mayo, que condenaba á los Sacerdotes no juramentados á la deportacion, y ni aun esta obra creyó deber publicar en su nombre. En una palabra, pocos Obispos habia en Francia que no hubiesen explicado mas su zelo que Mr. Dullau; pero presto se verá, que si creyó deber hablar muy poco por temor de irritar los ánimos, no fué en él este silencio condescendencia ni flaqueza, y que si supo callar, supo tambien morir. En el momento, pues, en que se dexaron ver los patriotas, les salió al encuentro con la firmeza y tranquilidad que es propia de un hombre que conoce toda la magestad de su causa: fué conducido á la sesion, y depositado en una sala adonde iban llegando ya Sacerdotes de otras partes.

El odio no hacia ya la distincion que la ley entre los

funcionarios públicos, esto es, los que tenían el ministerio en las parroquias, ó la enseñanza en los colegios, y los que no lo eran. Los nacionales armados llegaban con la lista en la mano á las casas indicadas como habitacion de algun Sacerdote no juramentado, echaban mano indistintamente á todos, los llevaban como en triunfo, y el populacho estúpido hacia los mismos aplausos que si viera prisionero á todo el ejército de Brunswick, y á veces intentó sacarlos de las manos de los guardias para saciarse de su sangre. Algunos buenos ciudadanos ocultaron á muchos, ó les avisaron con tiempo para que huyesen, y era de ver la rabia de los patriotas quando se hallaban sin la presa: amenazaban, registraban, volvian á registrar, venian de nuevo y repetian la pesquisa, especialmente quando el Sacerdote que buscaban tenia la nota de haber sido zeloso en administrar los Sacramentos á los enfermos que no los querian recibir de los intrusos. Uno de estos era el Abate de Phrenier, Presbítero de San Sulpicio, que habia escapado un instante ántes que llegaran los guardias: éstos llevaron en lugar de él á el Abate de la Pannonie, y volvieron hasta nueve veces el mismo dia en busca del primero.

En la misma parroquia vivia el Abad de Guillon, hombre que en su juventud habia asombrado con su erudicion, y despues habia dado prueba de ella en una obra intitulada *Paravelo de las revoluciones*: buscáronlo los patriotas, y equivocando la vivienda, dieron con otro Eclesiástico enfermo que tiempo habia no aguardaba mas que la muerte: los mismos foragidos, movidos de su estado, lo dexaron y fueron á dar cuenta de su comision, volvieron y tampoco pudieron resolverse á llevarlo viéndolo moribundo, hasta que siendo enviados la tercera vez con órdenes mas estrechas, lo llevaron espirando á la sesion.

El mismo furor de los foragidos les hizo perder la victima que mas podian desear, porque intentando uno de ellos tres dias ántes excitar un motin contra Mr. de Pansemon, Cura de San Sulpicio, y viniendo con sable en mano á pedir su cabeza, dió ocasion á que sus amantes feligreses lo ocultasen de modo que no pudiese ser hallado. Pero de esta pérdida compensaron á los jacobinos los dos ilustres hermanos Rochefoucauld,

Obispos uno de Beauvais y otro de Saintes, que hallados ambos en su quarto, y dexando en libertad los pesquisidores al de Saintes, respondió este digno Prelado: « Señores, yo he estado » siempre unido á mi hermano con la mayor ternura de afecto, » y ahora lo estoy tambien por tener con él una misma causa, » y pues que su amor á la Religion y horror al perjurio son todo su delito, os ruego que creais que no soy yo ménos reo; » ademas de que me seria imposible estar preso mi hermano y » no acompañarle yo: yo os suplico me lleveis con él. »

Quando los patriotas eran franceses, este lenguaje hubiera valido á los dos hermanos la libertad; pero habiéndoles ya hecho degenerar la revolucion, fueron ambos llevados presos. Al fin de la tarde eran ya quarenta y seis los Eclesiásticos de esta parroquia que habian sido presos, los cuales conforme iban llegando se abrazaban y daban mutuamente parabienes de verse destinados á padecer por Jesuchristo, animándolos y consolándolos sobre todo la presencia, palabras y exemplo del Arzobispo de Arles. Á las diez de la noche fueron llamados al comité de la sesion, que tenia sus juntas en el seminario de San Sulpicio, cuya casa traía á la memoria á muchos de ellos los grandes principios de Religion que habian aprendido en ella quando se educaban: y si de parte de los sesionarios era nuevo ultrage para la Religion haber escogido el seminario de sus Sacerdotes para tribunal de sus perseguidores, era tambien de parte de los ministros de la misma Religion nueva gloria para ella el verlos confesar su fe delante de los tiranos en el mismo lugar en que habian aprendido todas sus obligaciones.

Juntos todos les preguntó el Presidente si habian prestado el juramento prescrito por la asamblea: respondieron todos que no: replicó el Presidente: ¿hay alguno que quiera prestarlo ahora en el momento? Respondieron: ni ahora ni nunca podemos hacer juramento contrario á nuestra conciencia. Entonces pronunció que debian quedar asegurados en la iglesia del Carmen, y en consecuencia, despues de haberlos registrado y quitádoles los bastones, el comisario Serat puso á cada uno dos soldados, y puesto él á la frente los condujo, volviéndose de rato en rato por todo el camino para zelar no se huyese al-

gundo, ó mas bien para hacer alarde del órden de la marcha. Al entrar en la iglesia pasaron todos lista, y luego los entregó á los guardias con órden estrecho de impedirles toda comunicacion entre sí, que fué puntualmente observado.

Muchos de estos generosos Confesores, presos ántes de comer, no gustaron bocado hasta el dia siguiente; tampoco se dió disposicion alguna de camas, teniendo que pasar aquella noche sentados en una silla: al Arzobispo de Arles se le señaló sitio determinado, mandándole mantenerse cerca de la reja en frente de la centinela principal: á nadie le fué permitido ponerse de rodillas para hacer oracion. Acuérdomé que me decia despues uno de estos Confesores: „ en lugar de los himnos sa-
 „ grados, que hubiéramos tenido gusto en cantar á gloria del Se-
 „ ñor por quien padeciamos, nos fué preciso oír toda la noche
 „ las invectivas, blasfemias y obscenidades de nuestros guardias.
 „ Nosotros estábamos quietos en nuestras sillas, ellos se pasea-
 „ ban al rededor de nosotros, se paraban á mirarnos de firme,
 „ y era su gusto observar el horror que nos causaban sus jura-
 „ mentos é imprecaciones, que por lo que hace á sus amena-
 „ zas nos hacia Dios la gracia de que ningun cuidado nos die-
 „ sen. Una vez, queriendo darnos un preludio de la suerte que
 „ nos esperaba, acordaron remedar las ceremonias de la Iglesia,
 „ y cantarnos un oficio y misa de difuntos, ignorando los des-
 „ dichados que tal pronóstico, léjos de asustarnos, era el mas
 „ glorioso éxito que podian desear nuestros corazones. La ma-
 „ ñana siguiente se pasó del mismo modo en un profundo si-
 „ lencio de nuestra parte y ultrages continuos de la suya. Sin
 „ embargo, la santidad del Domingo nos alentó á enviar á pe-
 „ dir á la sesion el permiso de decir y oír misa, lo que nos fué
 „ concedido despues de una larga deliberacion; pero intimán-
 „ donos, para moderar nuestro gozo, que en adelante no tendrían-
 „ mos otra misa que la de un Sacerdote juramentado: esto
 „ era decirnos que no la tendríamos, porque estaba claro que
 „ no habiamos de comunicar con Sacerdotes cismáticos, he-
 „ reges y perjuros. Tambien se nos permitió comprar alimento
 „ con que reparar nuestras fuerzas, abatidas mas que por el ayu-
 „ no y vigilia por los malos tratamientos de los que nos custo-

„ diaban. Los dias siguientes se nos trató con un poco mas de
 „ humanidad, permitiéndonos hacer oracion y tratar unos con
 „ otros, con lo que nos pareció haber recobrado toda nuestra
 „ libertad: desde entónces se pasaba el tiempo en oracion, lec-
 „ cion y conversaciones verdaderamente christianas, alentándo-
 „ nos mutuamente á padecer por Jesuchristo. “

Estas primeras víctimas eran poca cosa para embotar la rabia de los revolucionarios: y si hubo en Paris sesiones tales como la de las Termas de Juliano, que se negaron á favorecer los proyectos de Marat y Robespierre por medio de la prision de los Sacerdotes, hubo otras muchas que los desquitaron de esta falta con el ardor en seguir el exemplo de la de Luxemburgo, y en todas tomaban los foragidos el cuidado de suplir por sí la negligencia de las sesiones. El Domingo 13 de Agosto y el 15, día de la Asuncion, no fueron dias festivos, sino para dar en los diversos cuarteles de esta inmensa ciudad el espectáculo de las prisiones: guardábanse con cuidado sus puertas, y apenas se dexaban salir los que corrian con la provision diaria, y raro Eclesiástico no juramentado se atrevia á parecer en la calle, aun disfrazado con el traje seglar: y si alguno queria valerse de la noche para dexar su habitacion mal segura y buscar otra ménos expuesta, encontraba gran número de patrullas, mas zelosas de prender un Sacerdote que de impedir los robos de tanto foragido.

Era un espectáculo miserable toda la ciudad en estos dias de confusion y horror. Quien desde una elevacion que la descubriese toda, hubiera tendido contra ella la vista, hubiera percibido mil maneras de furor contra los dos grandes objetos del odio de los impíos, la monarquía y el altar. Hubiera visto en la sala llamada nacional al Rey, su esposa, su hermana, sus hijos, su aya y una princesa su aliada, presos delante de los rebeldes, y reducidos á esperar la decision de su suerte de la boca de los conjurados. Hubiera observado aquel senado monstruoso pasar de los decretos contra el Rey á darlos contra los Sacerdotes: al rededor de este banquete de la rebelion una parte de la casa real revolcándose en su sangre: un numeroso populacho acudiendo á regocijarse en las ruinas del palacio: mas cerca de la

asamblea y á sus puertas legiones de bandidos furiosos insultando con gritos al Rey preso, y aguardando con impaciencia que se determinase el lugar de su carceria para acompañar con nuevos ultrages la marcha. Al mismo tiempo hubiera visto en las plazas, en los puentes y en toda Paris un pueblo desenfrenado abatir y hacer piezas todas las estatuas de los Reyes antecesores, y quanto podia ser indicio de reynado: en todas las iglesias, municipes con sus satélites, concluyendo el despojo de los altares, quitando hasta los últimos broncees y verjas de hierro: otros municipes tambien con satélites dando la última mano á la destruccion del estado religioso en todos los monasterios, volviendo, arrojando al siglo todo el resto de los cenobitas, echando á empellones sin señal de humanidad á todas las esposas de Christo, oprimidas del asombro y dolor de dexar sus santos asilos, de mudar su hábito en trages del mundo á fuerza de amenazas y violencias, sin darles tiempo de saber que cubierto las recibiria al salir de sus celdas: hubiera visto tambien artilleria asestada contra los mismos monasterios para espantar á aquellas religiosas á quienes llegase el fin del día sin haber hallado casa que las acogiese; muchas en la última ancianidad, muchas enfermas, muchas á quienes trastornaba la razon la nueva consternación, estrechadas, atropelladas por furiosos nacionales, abandonadas en medio de las calles, atenuadas á la piedad de algunos ciudadanos, que no las recogian sin temor de verse luego castigados, por no haber sido tan bárbaros que las dexasen sin recurso ni asilo. En los mismos momentos hubiera visto en el quartel de San German, en la calle de San Martin, en el barrio de Santiago, en la calle de San Victor y en otros mil parages foragidos marseleses, bretones confederados, patriotas parisienses, corriendo de casa en casa, registrando y prendiendo Sacerdotes, llevándolos con ultrages y gritos á la iglesia del Carmen y seminario de San Fermin, convertidos en cárceles para ellos.

Á todos estos furores contra el Sacerdocio presidian desde el fondo de su terrible comité de vigilancia, ántes casa del primer Presidente del parlamento, Manuel, Panis, le Gendre y todos los rabiosos subalternos de los impíos. Los oficiales y pre-

sidentes sesionarios, serviles y crueles ministros de estos nuevos tiranos, seguidos de gente armada y de sus secretarios, llegaban á las casas de los Eclesiásticos: comenzaban asegurando á los que tenian la confianza de esperarlos, buscaban con la mayor diligencia á los que habian huido, preguntaban, estrechaban á los domésticos, muchas veces los encerraban para obligarlos á descubrir á sus amos, y aun llevaban presos para el mismo efecto á los demas vecinos. Tambien eran objeto particular de la pesquisa los libros y papeles de estos Eclesiásticos, y para todo se ayudaban unas á otras las sesiones en la tarea de leer, sellando ó enviando luego al comité qualquier diario, qualquier apun-tacion sobre el Rey ó la Religion, qualquier carta en que hubiese una palabra relativa á desear mejor orden de cosas, y sobre todo, la menor prueba de correspondencia con amigos ó parientes emigrados; y muchas veces ántes de ser llevados estos ilustres presos á la cárcel señalada, se juzgaba deber ser presentados al comité, para lo qual tenian que esperar á que se juntasen, días y semanas en un cuerpo de guardia de foragidos, ó en parages mas incómodos é indecentes, insultados incesantemente por esta chusma.

Y con todo se puede decir que no era lo peor en aquellos días para los Sacerdotes el caer en las manos de estos jueces ántes de ser llevados á la prision destinada para las víctimas; porque al fin hubo entre ellos algunos que les afearon á los demas el descomedido modo de la persecucion, y los inclinaron á su favor, así por lo manifesto de su defensa, como por la noble confianza y seguridad con que se presentaban. De esta suerte los mismos Manuel y Panis, de pura vergüenza, no pudieron determinarse á enviar á la prision á Mr. de Beausset, Obispo de Alais, que les dixo: » Señores, ¡ qué extraño modo teneis de inclin-
» clinar los ánimos á vuestra revolucion! Yo tambien he vivido
» en medio de ciudadanos que discordaban de mí en las opi-
» niones y en la religion, porque hay en mi diócesis un gran
» número de calvinistas; pero para que reynase la paz, el ar-
» bitrio que tomé fue no ser jamas perseguidor. Yo veía estas
» ovejas separadas de la Iglesia; pero usaba de toda atencion
» con ellas, les hacia quantos buenos oficios pendian de mí, y

» exhortaba á mis católicos á que se portasen del mismo modo
 » con unos hombres que, no obstante la diversidad de su culto,
 » eran nuestros hermanos. Con este proceder he visto conci-
 » liarse los ánimos, y reynar la paz y tranquilidad hasta el mo-
 » mento de la revolución: páreceme, pues, Señores, que por
 » este hecho no merecia yo ser traído á este tribunal, y que
 » vosotros hariais mejor en tomar el mismo arbitrio para dar
 » fin á las turbaciones y diferencias que nos agitan. »

Hallábase allí uno de los jueces, que conocia al Obispo, el qual aseguró que no habia cosa mas cierta que quanto había expuesto, y no pudieron ménos de aplaudirlo y darlo por libre. De otro género fué la defensa de cierto Eclesiástico noble, que respondió á la intimación del juramento con esta franqueza:
 » Señores, esta constitucion persigue todo quanto tengo yó en
 » el mundo de estimable, despoja á toda mi familia, echa del es-
 » tado á mis hermanos y parientes mas cercanos, les quema sus
 » palacios, atormenta á los Obispos, aprisiona á los Clérigos, y
 » á mí no me dexa el mínimo recurso; ¿ no es preciso que aun-
 » que yo jure no me creais? Mejor seria, pues, que me dieseis
 » un pasaporte, y fuera yo á buscar otra constitucion que no
 » fuese tan cruel con mi fe y mis parientes. « Esta libertad des-
 » concertó á los jueces y les hizo dar el pasaporte con que salió
 » del reyno. Algunos otros fueron puestos en libertad, ó porque
 » se valieron de sus amigos para con Manuel, ó lo mas cierto,
 » porque sabia éste que á la hora que quisiese podria descargar en
 » los foragidos el cuidado de deshacerse de aquellos á quienes un
 » resto de vergüenza impedia proscibir formalmente.

Efectivamente, esta casta de hombres, junta con el populacho, usaba en la persecucion de los Sacerdotes no juramentados un ardor que nada dexaba que desear á los impíos, y particularmente en las sesiones que no querian, ó no se atrevian á poner en ello alguna moderacion. La de San Nicolas de Chardonet estaba de tal suerte entregada á ellos, que habia tomado legalmente el nombre de sesion de los *Sans-cullottes*, como la de los Franciscanos el de sesion de los *Marsellese*. De este modo el cetro que los aristócratas constitucionales habian envidiado á el Rey, y los ciudadanos á la nobleza, lo habia en-

vidiado y quitado á estos el paisanage de los barrios, y á estos últimamente los bandidos y la hez del populacho; pero en todas estas manos nuevas lo dirigia siempre la impiedad contra los Sacerdotes fieles á Dios.

En la sesion de los *Sans-cullottes* fué recibida con sumo aplauso la propuesta de prender á todos los Sacerdotes no juramentados, y encerrarlos en el seminario de San Fermin, donde se hallaban ya diez y ocho Eclesiásticos despojados de sus plazas y encerrados. El mismo dia, que fué el Domingo 13 de Agosto, á las ocho de la mañana, fueron llevados los Sacerdotes del seminario de San Nicolas, todos intactos del juramento, junto con sus seminaristas, y á pesar de las limosnas abundantes con que habian siempre socorrido á los necesitados del contorno, no manifestó el populacho ménos zelo ni gozo en su prision. Uno de estos Sacerdotes era Mr. Bonnet, cuya caridad se conocerá por este solo rasgo: en el terrible invierno de 1788 acababa de distribuir á los pobres quanto le habia quedado, y respondiendo que no tenia mas á unas mugeres que le pedian, dixo una: todavía te queda el pañuelo que tienes en la mano: tómalo pues, dixo, y podré decir ya con mas verdad, que nada tengo mio. Este fué el Sacerdote para cuya prision vino tres veces ansioso el populacho. Á la llegada de Mr. Andrieux, Superior de esta comunidad, con los antiguos compañeros de sus trabajos y los jóvenes seminaristas, resonó con clamores de un gozo brutal el patio de San Fermin, lleno de hombres, mugeres y muchachos de la ínfima plebe, y sobre todos salió la voz de un hombre que decia: *denmelos acá, que yo daré hoy cuenta de todos con mi bacha*. Á las tres de la tarde del mismo dia anunciaron unos alaridos feroces la llegada de otra presa mas notable, que era todos los Sacerdotes de la casa de los recién convertidos, á quienes traian cincuenta hombres armados. Á la frente de estos presos venia el venerable Padre Guérin Durocher, conocido por aquella *historia verdadera de los tiempos fabulosos* que habia asombrado al mundo por su erudicion, autor en quien la menor prenda era tanta ciencia, porque ademas de estimar él mucho mas que toda su reputacion el haber ganado una alma para Dios con sus instrucciones catequísticas, la acompañaba

con tanta modestia y humildad, que en el trato comun parecia el hombre mas ordinario, y era menester mucho arte para hacer que entrase en materia científica; pero entonces admiraba ver salir la ciencia de su boca como de su propia fuente, con el mismo tono y facilidad que si se tratase de las cosas mas triviales. En este dia pareció este grande hombre apartarse la primera vez de su humilde sencillez, porque iba con sotana y manto largo, como en pompa y ceremonia de dia festivo, glorioso de verse cabeza de los respetables Confesores de Jesuchristo: á su lado iba su hermano, antiguo Jesuita como él, que acababa de llegar de vuelta de las misiones orientales, de donde con el mérito de sus trabajos traía conocimientos, que muchos igualaban á los de su hermano, los cuales comenzaba á publicar en sus cartas sobre las costumbres, religion y antigüedades de las regiones que habia corrido como sabio y como Evangelista, y de todo nos privó para siempre la barbarie de la revolucion.

Con estos dos sabios llegaban otros Sacerdotes, unos cogidos en sus casas, otros en la abadía de San Víctor, y otros en la casa de los expósitos, donde habian pasado muchos años en los ejercicios de caridad propios de su empleo, y entre ellos Mr. de Lavezé, cuyas delicias habian sido en el espacio de diez años servir á los enfermos y moribundos en el hospital del Corpus, de donde fué echado por haberse negado al juramento, privando de tanto bien á aquella acogida de la clase mas infeliz del pueblo. Á este Sacerdote le habia conciliado y conservado amigos, aun entre los jacobinos del Vivaréz, la bondad de su carácter, y hallandose á la sazón algunos de ellos en Paris, le avisaron con tiempo, ofreciendo ocultarlo en sus casas; mas él, temiendo que con buenos oficios y sollicitaciones lo induxeran á jurar, escogió mas bien exponerse al martirio que á la seducción.

Tambien daré lugar entre estos ilustres Confesores al abate Copéne, Sacerdote joven de una familia ilustre en la Guiena, el qual lleno de los sentimientos de los antiguos caballeros, decia á los que le hablaban del juramento: „ jamas los „ Copénes han faltado á su palabra de honor: yo di la mia á „ Dios y al Rey, y la sabré mantener. ” Efectivamente, la man-

tuvo á pesar de la miseria á que lo reduxeron: hallabase con una fiebre maligna quando llegó á su casa la pesquisa, y alentando sus fuerzas al ver entrar aquellos bárbaros, les dixo: „ me „ buscais para encerrarme con los demas Sacerdotes: vamos, „ soy con vosotros, porque conviene á Copéne morir en el le- „ cho del honor. ” Pero no igualando las fuerzas de su cuerpo al aliento de su alma, fué menester que lo llevaran casi arrastrando y moribundo. Al llegar, puesto en una cama, cobró un poco de aliento, y vivió el tiempo preciso para asegurarse de que su último aliento era de Dios y de su Rey.

En la misma casa fué encerrado el abate Gros, Cura de la parroquia en que estaba esta prision. Pocos Pastores tenian el derecho que éste al respeto y amor de su pueblo, y pocos experimentaron de parte de su pueblo mas ingratitude y ultrages. Era de un carácter franco, naturalmente bueno, de un semblante que inspiraba confianza, y tal que se leía en él el corazón sin doblez ni artificio: amaba á sus feligreses, y particularmente á los pobres como á hijos, y era tal su amor á la paz, que alguna vez lo hacia demasiado condescendiente, como se vió en la primera asamblea, durante la qual casi llegó á flaquear por complacerlos; porque habiendo tenido valor para firmar con los del lado derecho la declaracion del 13 de Abril de 1790 en favor de la Religion católica, luego que se vió por esta causa llevado á la sesion y acusado en ella de haber dado este paso como prueba de aristocracia y desafecto al pueblo, no pudiendo sufrir que se tuviese de él esta sospecha, á la verdad no disimuló que estaba resuelto á vivir y morir en la Religion católica; pero en la idea de no ser absolutamente necesaria la declaracion publica que habia firmado á una con aquellos que eran mirados como enemigos del pueblo, consintió en que se borrara su nombre de la lista. Esto era ya una flaqueza y una especie de apostasia, sacada de él baxo un vano pretexto; pero si las almas nobles son capaces de caer, no lo son de resistir á los remordimientos y persistir en el mal una vez conocido. Conoció luego que se miraba como desercion su condescendencia, y que habia comprado la paz con los sesionarios al precio de un escándalo que era preciso reparar, y lo hizo echándose á pechos